

La bicicleta

Hace algunos años, en circunstancias que transitaba por la calle de Estado, pude contemplar un cuadro que me llenó de terror: sobre el pavimento, tendido de espaldas y rodeado de gente, yacía, muerto, el cuerpo de un muchacho. Alguien, piadosamente, le había tapado el rostro con un pañuelo. A su lado, horriblemente abollada, tan abollada quizá como el cráneo de su propietario, se veía una bicicleta. El muchacho había sido atropellado por un pedereso camión mientras pedaleaba en dirección hacia la Alameda.

Aquel cuadro y la noticia de que el hijo de un matrimonio/había sido ^{conecido} muerte en iguales circunstancias, me produjeron un complejo que podría llamarse "el complejo de la bicicleta": la vista de un ciclista marchando por una calle de mucho tránsito me produce un espantoso estado de angustia. Siento vehementes deseos de acercarme a él y convencerle, de cualquier modo, incluso pegándole, de que no debe andar por allí, que debe irse, desaparecer, esfumarse. El miedo de hacer el ridículo, sin embargo, me detiene, y el complejo de la bicicleta subsiste.

Presenció aquel cuadro, como ya dije, hace algunos años, y el hijo del matrimonio conecido murió, atropellado mientras marchaba en bicicleta, también hace algunos años. En aquel tiempo mis hijos eran pequeños y apenas si se atrevían a usar, como vehículo mecánico, un menepatín. Pero el tiempo transcurrió y, como se dice en las novelas, no transcurrió en vano: llegé el momento en que noté, con horror, que mis vástagos miraban con ojos largos las bicicletas de otros niños. Con más horror aun escuché la clásica aunque moderna pregunta:

--Papá, ¿por qué no nos compras bicicletas?

--¿Bicicletas?

Puse entonces una herrenda cara, una cara que debió parecerse a la

de cualquiera de las dos figuras escultóricas de Ernesto Concha: "El avare" o "Miseria", y les dije, casi llorando, que nuestra situación económica no era nada buena, que los arriendos estaban muy caros, que los artículos de primera necesidad, gracias a las buenas intenciones de nuestros gobernantes, subían cada vez más de precio, etcétera, etcétera. Finalmente, acosado por mi manada de lobates, les dije, sollozando, que podría, haciendo un esfuerzo que casi me costaría la vida, comprarles bicicleta, pero que en tal caso no podría llevarlos a veranear a Cahuil. Gané el match por retiro.

¡Bicicletas conmigo!

Peró he aquí que, de pronto, y gracias a circunstancias conocidas de todos, aquel temido y aborrecido artefacto, ese mataplejo del tránsito santiaguino, ese vehículo menospreciado y sininterés, empieza a cobrar enorme importancia, no sólo en Chile, donde se le empieza a usar para reemplazar a los exhaustos automóviles, sino que también en Europa. No recuerdo haber leído, antes de ahora, referencia alguna a bicicletas en los cables internacionales. ¿Quién se iba a preocupar de ellas, qué interés podían tener para nadie? Nadie ni ninguno. Pero el tiempo, como se dice en los discursos políticos, no transcurre en vano y no hay día en que uno no encuentre, en los cables, alguna noticia en que se mencionan las bicicletas: "Los desconocidos llegaron en bicicleta", "Una vez consumado el hecho, huyeron en bicicleta", "Un hombre con una bicicleta colorada sacó un arma y disparó", etcétera.

Y empiezo, qué quieren ustedes, a reconciliarme con las bicicletas.

Manuel Rojas